

## **Marxismo y feminismo, más allá del "matrimonio infeliz" (una crítica al sistema dual)**

*Iris Young*

*En: El cielo por asalto, Año II, N°4, Ot/Inv. 1992*

El título mismo del ensayo de Hartmann<sup>1</sup> refleja lo que ha sido el proyecto específico del feminismo socialista: "casar" los mejores aspectos de la nueva ola de la teoría feminista que se desarrolló en los años 60 y 70, con la teoría marxista y, así, transformar esta última. Hartmann sostiene que hasta ahora ese matrimonio no ha tenido éxito. Recomienda que para cimentarlo es necesario desarrollar una teoría que iguale el peso del sistema del patriarcado y del sistema del capitalismo<sup>2</sup>. Plantea que, en vez de comprender la situación particular de las mujeres como efecto del capitalismo -como ella cree que lo hacen Engels, Michell, Dalla Costa y Zaretsky-, debemos advertir que el sistema del patriarcado es comparable con el sistema del capitalismo en su importancia para entender la situación de la mujer. La teoría feminista socialista debe, por consiguiente, identificar las leyes de transformación del sistema del patriarcado, su dinámica interna y sus contradicciones, a la vez que exponer cómo estos interactúan y pueden entrar en conflicto con la dinámica interna del capitalismo.

El ensayo de Hartmann no es el primero en proponer esta teoría del sistema dual. Al contrario, la mayoría de las feministas socialistas promueven alguna versión de la teoría del sistema dual. Yo plantearé, sin embargo, que la teoría del sistema dual no puede reparar el infeliz matrimonio del marxismo y el feminismo. Hay buenas razones para creer que la situación de la mujer no está condicionada por dos sistemas distintos de relaciones sociales que tienen estructuras, dinámicas e historias distintas. Es más, el marxismo feminista no puede contentarse con un mero "matrimonio" de dos teorías -marxismo y feminismo- que reflejan dos sistemas: el capitalismo y el patriarcado. Por el contrario, el proyecto del feminismo socialista debe ser el desarrollar una teoría única, aprovechando lo mejor del marxismo y del feminismo radical, para comprender el patriarcado capitalista como un sistema en el cual la opresión de la mujer es un atributo central.

### **La teoría del sistema dual**

La insatisfacción, bien sea con marxismo tradicional, bien con el feminismo radical, o bien con ambos enfoques han motivado a Hartmann, de igual manera que a la mayoría de quienes propugnan la teoría del sistema dual, a desarrollar una concepción de este último. Hartmann afirma que las categorías del marxismo tradicional se mantienen esencialmente ciegas ante el género y que, por lo tanto, el análisis marxista de la situación de la mujer bajo el capitalismo ha dejado de enfocar explícitamente los temas de la diferenciación y jerarquización del género.

La teoría feminista ha corregido esta deficiencia desarrollando el concepto de patriarcado para describir y analizar la jerarquía de género. La teoría feminista radical, sin embargo, tiene, según Hartmann varios problemas. Releva exageradamente a la crianza de los niños como el determinante de la situación de la mujer. Asimismo, tiende a visualizar el patriarcado como un

---

<sup>1</sup> Heidi Hartmann, "El infeliz matrimonio entre marxismo y feminismo: hacia una unión más progresista", en Cuadernos del Sur n°6, Bs.As., marzo-mayo, 1987

<sup>2</sup> Las expresiones "sistema del capitalismo" y "sistema del patriarcado" son propias de la autora, no despropósitos de la traducción. La autora parece usarlas para enfatizar el carácter netamente teórico de estas categorías por sobre cualquier función descriptiva. (N.del T.)

mero fenómeno psicológico o cultural, y no como un sistema que se sustenta materialmente en las relaciones sociales existentes. Finalmente, la explicación de las feministas radicales tiende a ver el patriarcado como algo teóricamente estático a través de gran parte, sino de toda la historia.

Hartmann propone, por consiguiente, una teoría del sistema dual para remediar las debilidades del marxismo tradicional y del feminismo radical. Según ella, debemos comprender la opresión de la mujer en nuestra sociedad como el efecto de los dos sistemas: capitalismo y patriarcado. El patriarcado lo define como "un conjunto de relaciones sociales entre los hombres, que tienen una base material y que, aun cuando son jerárquicos, establecen o crean interdependencia y solidaridad entre los hombres, que los pone en situación de dominar a las mujeres"<sup>3</sup>. Las relaciones patriarcales son un fenómeno distinto del de las relaciones económicas de producción analizadas por el marxismo tradicional. El capital y el patriarcado son formas distintas de relaciones sociales y conjuntos distintos de intereses que no necesariamente tienen relación e inclusive coexisten en situación de conflicto potencial. Aunque es difícil separar analíticamente aquellos elementos de la sociedad que pertenecen específicamente al patriarcado de los que pertenecen al capitalismo, debemos intentar hacerlo. Tenemos que aislar las "leyes de transformación" específicas del patriarcado, distintas al modo y a las relaciones de producción, y comprender las contradicciones específicas del sistema del patriarcado en su relación con las contradicciones específicas del sistema del capitalismo<sup>4</sup>.

Todas las versiones de la teoría del sistema dual empiezan con la premisa de que las relaciones patriarcales designan un sistema de relaciones distinto e independiente de las relaciones de producción descritas por el marxismo tradicional. La descripción de cómo el patriarcado existe separado del sistema económico de las relaciones de producción, puede tomar dos orientaciones posibles. Por un lado, se puede retener el concepto feminista radical del patriarcado como una estructura psicológica e ideológica. En este caso, la teoría del sistema dual se esforzará por dar una explicación de la interacción de estas estructuras ideológicas y psicológicas con las relaciones materiales de la sociedad. Por otro lado, se puede desarrollar una explicación del patriarcado mismo como un sistema de relaciones sociales materiales que existen independiente e interrelacionándose con las relaciones materiales de producción.

La posición de Juliet Mitchell en **Psicoanálisis y feminismo** representa un ejemplo de la primera orientación o alternativa. Ella considera el patriarcado como una estructura ideológica universal y formal. "El patriarcado describe la cultura universal; sin embargo, cada modo de producción específico expresa esto asumiendo formas ideológicas diferentes"<sup>5</sup>. "Los hombres se insertan en estructuras históricas dominadas por las clases, mientras que las mujeres (como mujeres, cualesquiera que sea su trabajo en la producción propiamente dicha) permanecen definidas por el sistema de organización basado en el parentesco. Las diferencias de clases, de época histórica, de situación social específica alteran la expresión de la femeneidad; pero en relación con la ley del padre, la posición general de la mujer es siempre la misma"<sup>6</sup>. La idea de Mitchell parece ser que las estructuras patriarcales, que según ella son articuladas por la teoría freudiana, existen como trasfondo ideológico pre o ahistórico frente a los cambios del modo de producción. Esta estructura ideológica-psicológica fuera de las relaciones económicas persiste en la misma forma a través de

---

<sup>3</sup> Hartmann, op.cit.

<sup>4</sup> Para otras versiones de la teoría del sistema dual, vease Linda Phelps, "Patriarchy and Capitalism", *Quest*, Vol. II, N° 2, Otoño 1975; Zillah Eisenstein, "Developing a Theory of Capitalist Patriarchy" en Eisenstein (comp), *Capitalist Patriarchy and the Case of Socialist Feminist* (New York: Monthly Review Press, 1979), pp 3-40.

<sup>5</sup> Juliet Mitchell, *Psychoanalysis and Feminism* (New York: vintage Books, 1975), p.409. [Trad.cast.:Barcelona, Anagrama,1976]

<sup>6</sup> *Ibid.*,p.406

los tiempos. Ella no niega, por supuesto, que las situaciones de las mujeres difieren bajo concretas y diferentes circunstancias sociales. Nosotros explicamos esta variación de la situación de las mujeres por la manera como las estructuras particulares de cierto modo de producción específico interactúan con las estructuras universales del patriarcado.

Esta versión de la teoría del sistema dual inapropiadamente deshistoriza y universaliza la opresión de la mujer. Representar el patriarcado como un sistema universal que mantiene la misma estructura básica a través de la historia puede llevarnos a serios prejuicios culturales, raciales y clasistas<sup>7</sup>. Es más, el describir las diferencias en la forma y naturaleza de la situación de la mujer en circunstancias sociales diferentes como meras "expresiones" de un mismo y universal sistema (el patriarcado), le resta la profundidad y complejidad que tiene la opresión de la mujer.

El problema principal de esta versión de la teoría del sistema dual es que no logra dar al presunto sistema patriarcal igual peso e independencia que al sistema del modo de producción. Concibe, además, todas las relaciones sociales concretas como pertenecientes al sistema económico de las relaciones de producción. Le resta, por lo tanto, peso material al sistema patriarcal, al cual define, en su esencia, como independiente del sistema de relaciones de producción. De esta manera, termina cediendo a la teoría tradicional de las relaciones de producción el papel central en la explicación de la situación de la mujer. La teoría del patriarcado contribuye en la forma como se da la opresión de la mujer, pero la teoría marxista tradicional ilumina su contenido, su especificidad, su diferenciación, y su dinámica de cambio. En suma, esta versión de la teoría del sistema dual fracasa en su intento de socabar al marxismo tradicional, porque le cede a éste la hegemonía teórica sobre las relaciones sociales históricamente materiales<sup>8</sup>.

Hartmann reconoce esas debilidades de la primera alternativa y, por ello, elige la segunda. Enfatiza que el patriarcado tienen una base material en la estructura de las relaciones concretas, y sostiene que el sistema patriarcal en sí mismo pasa por transformaciones históricas. Sin embargo, es precisamente esta fortaleza del planteamiento de Hartmann la que debilita su argumento para una teoría del sistema dual que concibe al patriarcado como un sistema distinto de las relaciones de producción. Si, como sostiene "la base material sobre la que descansa el patriarcado es, fundamentalmente, el control que los hombres ejercen sobre la fuerza de trabajo femenina [y si] los hombres mantienen este control excluyendo a las mujeres del acceso a algunos recursos productivos esenciales"<sup>9</sup>, entonces no parece posible separar el patriarcado de un sistema de relaciones sociales de producción aún con propósitos analíticos. Si, como nos afirma, las relaciones sociales patriarcales dentro del capitalismo contemporáneo no se restringen a la familia, sino que también existen en el trabajo capitalista y en otras instituciones fuera de la familia, resulta difícil reconocer el principio que nos permite separar las relaciones patriarcales de las relaciones sociales del capitalismo. Hartmann acepta que "estas mismas características tales como la división del trabajo, a menudo refuerzan tanto el patriarcado como al capitalismo y, dentro de una sociedad capitalista completamente patriarcal, es difícil aislar los mecanismos del patriarcado"<sup>10</sup>. Aún así, ella insiste en que debemos, tratar separadamente al patriarcado. Parece razonable, sin embargo, admitir que, si el patriarcado y el capitalismo se manifiestan en estructuras económicas sociales idénticas, entonces pertenecen a un sistema, y no a dos.

---

<sup>7</sup> Véase Mina Davis Caufield, "Universal Sex Oppression: A Critique from Marxist Anthropology, Catalyst, Nros. 10-11, Verano 1977, pp 60-77.

<sup>8</sup> Cfr. la crítica que McDonough y Harrison hacen a Mitchell en "Patriarchy and the Relations of Production" en Kuhn y Wolpe (comps.), *Feminism and Materialism* (London: Routledge and Kegan Paul, 1978), pp.12-25

<sup>9</sup> Hartmann, op. cit., p. 16.

<sup>10</sup> *Ibid.*, p.31

Algunas de las teóricas del sistema dual que han elegido la segunda orientación y conciben el patriarcado como un conjunto de relaciones materiales distintas, resuelven este problema planteando al patriarcado como un sistema o modo de producción en sí mismo, que coexiste al lado de un modo de producción capitalista. Anne Ferguson, por ejemplo, arguye que la familia, a través de la historia, es el foco de un tipo particular de producción, distinto de la producción de bienes materiales. Esta autora denomina a éste tipo de producción "producción sexo-afectiva". Generadora de sus propias relaciones de producción distintas de las relaciones capitalistas. Los hombres explotan a las mujeres en la familia nuclear contemporánea apropiándose, sin reciprocidad, de su trabajo sexo-afectivo. Las mujeres, por consiguiente, constituyen una clase distinta en el sentido marxista tradicional. La interacción del patriarcado y del capitalismo en la sociedad contemporánea consiste en la interacción mutua de estos dos modos de producción, los cuales se superponen y confrontan el uno al otro<sup>11</sup>. Las feministas socialistas, que ven a la familia en el capitalismo como un vestigio del modo feudal de producción<sup>12</sup>, toman una posición similar con respecto a la situación de la mujer en la sociedad contemporánea (es decir: estructurada por la interacción de los dos modos de producción); también asumen esta posición aquellas que desean distinguir el modo de producción del modo de reproducción<sup>13</sup>. Hartmann, asimismo, distingue entre dos diferentes "tipos" o "aspectos" de producción: la producción de población y la producción de cosas. Lo que no hace, sin embargo, es plantear "la producción de población" como un *modo* distinto de producción<sup>14</sup>; tampoco se propone restringir este tipo de producción a la familia, aunque no queda claro dónde y cómo se lleva a cabo, ni cómo puede distinguirse de las relaciones en las cuales la población produce cosas.

Para tener una teoría del sistema dual que considere al patriarcado como un sistema de relaciones concretas tanto como una estructura ideológica-psicológica, parecería necesario plantear al patriarcado, así concebido, como un sistema distinto de producción. Sin embargo, casi invariablemente, esta concepción se sustenta en lo que Rosalind Petchesky llama un "modelo de esferas separadas" que, por lo general, distingue a la familia de la economía, y localiza las relaciones específicas del patriarcado dentro de la familia<sup>15</sup>. Hay, sin embargo, una serie de problemas con este modelo de esferas separadas.

Una de las características que definen al capitalismo es la separación de la actividad productiva de las relaciones de parentesco con la consiguiente creación de dos esferas de vida social. Este planteamiento y el mostrar cómo esta separación ha creado una situación histórica única para la mujer, ha sido uno de los logros principales del análisis feminista socialista<sup>16</sup>. El modelo de esferas

---

<sup>11</sup> Ann Ferguson, "Women as a New Revolutionary Class", en Pat Walker (comp.), *Between labor and Capital* (Boston: South End Press, 1979), pp.279-312.

<sup>12</sup> Esta es básicamente la posición que Mitchell expone en *Women's Estate* (New York: Vintage Books,1973); vease también Sheila Rowbotham, *Women's Consciousness, Men's World* (Middlesex: Penguin Books,1973), pp. 61-63. [trad.cast.: Madrid, Debate, 1977]

<sup>13</sup> Véase Jane Flax, "Do Feminists Nodd Marxism?", *Quest*, Vol. III, N°1, Verano 1976, p.55

<sup>14</sup> Existen claros problemas con el intento de Ferguson de describir a la familia nuclear como un modo distinto de producción, pero no es esta ocasión para analizarlos en detalle. Primeramente, su concepto de producción sexo-afectiva no parece implicar la producción de bienes materiales; es difícil concebir un modo de producción, en el sentido marxista, que no produzca bien material alguno. Segundo, su idea presupone que el modo de producción sexo-afectivo podría tener algún tipo de existencia independiente del modo de producción capitalista. Dado que éste no es escenario para la producción de bienes materiales, tal independencia no es viable.

<sup>15</sup> Véase Rosalind Petchesky, "Dissolving the Hyphen: A Report on Marxist Feminist Groups 1-5", Eisenstein (comp.), op. cit., pp 373-387.

<sup>16</sup> Véase Eli Zaretsky, **Capitalism, the Family and Personal life** (New York: Harper and Row. 1975) [trad .cast.: Barcelona, Anagrama]; Ann Oakley, **Women's Work: The Housewife Past and Present** (New York: Vintage Books,

separadas, presupuesto de muchas teóricas del sistema dual, tiende a atribuir una existencia real y universal a esta división entre la familia y la economía específica del capitalismo<sup>17</sup>. Más aún, dentro del capitalismo, esta separación puede ser ilusoria. En su artículo, "El otro lado del salario", Batya Weibbaum y Amy Bridges sostienen que el capitalismo contemporáneo no sólo ha racionalizado y socializado las operaciones productivas según sus necesidades de dominación y ganancia, sino que también ha racionalizado y socializado el supuesto trabajo privado de consumo<sup>18</sup>.

El modelo de esferas separadas, al asumir que la esfera primaria de las relaciones patriarcales es la familia, no repara en el carácter y el grado de opresión específica de las mujeres, en tanto tales, fuera de la familia. Por ejemplo, es difícil visualizar el uso que el capitalismo contemporáneo hace de las mujeres como símbolos sexuales para promover el consumo, como función de alguna esfera separada distinta a los requerimientos económicos del capitalismo monopólico. En lo más mundano, una teoría del sistema dual no parece tener las herramientas teóricas para identificar y analizar las formas específicas de opresión sexista que las mujeres sufren actualmente en sus puestos de trabajo. Si consideramos que en Estados Unidos más de la mitad de las mujeres mayores de 16 años trabaja, y que más del 90% lo hace fuera de la casa en algún período de sus vidas, una deficiencia teórica como esta puede servir a los intereses del propio capitalismo.

Esta es, en términos generales, la más seria objeción a toda teoría de sistemas duales. Cualquiera que sea su formulación, la teoría del sistema dual le permite al marxismo tradicional mantener básicamente inalterada su teoría de las relaciones de producción, cambio histórico y análisis de la estructura del capitalismo. Esa teoría marxista, como lo señala Hartmann, es completamente ciega al género. La teoría del sistema dual acepta, por lo tanto, este análisis de las relaciones de producción viciado por su ceguera del género, con el deseo sí de agregarle una concepción separada de las relaciones de la jerarquía del género. De esta manera, al igual que el marxismo tradicional, la teoría del sistema dual tiende a visualizar la cuestión de la opresión de la mujer como un mero anexo a las cuestiones centrales del marxismo.

Sin embargo, mientras las feministas cedan voluntariamente al marxismo tradicional la teoría de las relaciones sociales materiales que se derivan de la actividad laboral, el matrimonio entre marxismo y feminismo no puede ser feliz. Si, como afirma Hartmann, la base del patriarcado es el control sobre el trabajo de las mujeres que las excluye del acceso a los recursos productivos, entonces las relaciones patriarcales están ligadas internamente a las relaciones de producción en su conjunto. Por lo tanto, la teoría marxista tradicional continuará dominando al feminismo, mientras este no cuestione la pertinencia de la teoría tradicional de las relaciones de producción. Si el marxismo tradicional no tiene cabida teórica para el análisis de las relaciones de género y de la opresión de la mujer; se trata, pues, de una teoría inadecuada de las relaciones de producción. Nuestra investigación histórica conjuntamente con nuestras intuiciones feministas nos dicen que el trabajo de las mujeres ocupa un lugar central en cualquier sistema de producción, y que la jerarquía sexual es un elemento crucial en cualquier sistema de dominación<sup>19</sup>. Para corresponder a estas

---

}974); Roberta Hamilton, **The Liberation of Women: A study of Patriarchy and Capitalism** {London: George Allen an Unwin, 1978) [trad.cast.: Barcelona, Península]

<sup>17</sup> En su **Origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado**, el punto de partida para muchos de estos análisis, Engels manifiesta la misma tendencia. Divide el trabajo a través de todos los períodos, históricos en trabajo privado y trabajo público.

<sup>18</sup> Batya Weinbaum y Amy Bridges, "The Other Side of the Paycheck: Monopoly Capital and the Structure of Consumption", en Eisenstein (comp.), op. cit., pp.190-205

<sup>19</sup> Para una penetrante y persuasiva explicación reciente del fundamento de la sociedad de clases en la familia patriarcal, véase Sherry O. Ortner, "The Virgin and the State", *Feminist Studies*; Vol. 4, N° 3, Octubre 1978, pp.19.36.

intuiciones necesitamos una teoría, de las relaciones de producción y de las relaciones sociales que se derivan y refuerzan a las primeras, que conciben a las relaciones de género y a la situación de las mujeres como elementos *centrales*. En vez de casarse con el marxismo, el feminismo debe tomar al marxismo y transformarlo en tal teoría. Debemos desarrollar un marco analítico que considere las relaciones sociales materiales de una formación social histórica particular como un sistema único en el cual la diferenciación de género es un atributo central.

### **Análisis de la división del trabajo**

En este ensayo propondré que la división del trabajo por género debe ser una categoría central de tal teoría; a la vez, sugeriré cómo esta categoría puede funcionar en un materialismo histórico feminista. Mi lectura de muchos análisis concretos feministas socialistas, incluyendo algunos que propugnan la teoría del sistema dual, es que no toman, en realidad, al patriarcado como su categoría central, sino a la división del trabajo por géneros. Así, al plantear que es esta división por géneros la categoría central del materialismo histórico feminista, creo que estoy explicitando una característica de la teoría feminista socialista que ya existe.

Para el marxismo tradicional es la clase social su categoría central de análisis. Las feministas han reclamado, con razón, que esta categoría no ayuda al análisis de la opresión específica de las mujeres y, ni siquiera a su identificación. El concepto de clase es sin duda ciego al género. Precisamente esta falla conceptual de la categoría de clase contribuyó a promover la teoría del sistema dual. Puesto que clase funciona como el concepto central de la teoría marxista de las relaciones sociales, y que da cabida al análisis de la diferenciación por género y de la jerarquía de los géneros, parece que no queda otra alternativa que buscar otra categoría y otro sistema en los cuales las relaciones de género puedan aparecer. Sugiero, sin embargo, otra alternativa. Aceptando que la categoría de clase es ciega al género y, en consecuencia, es incapaz de poner al descubierto la situación de la mujer, a pesar de ello podemos mantenernos dentro del marco materialista, elevando la categoría de división del trabajo a una posición tan fundamental, si no más fundamental, que la de clase. Esta categoría puede darnos los medios para analizar las relaciones sociales de la actividad laboral, diferenciándola por género.

En la obra de Marx, la categoría división del trabajo aparece con tanta frecuencia como la categoría clase social; usa, además, las dos de una manera equívoca y ambigua. Uno se pregunta, entonces, por qué la categoría de clase ha sido tomada, refinada y desarrollada por la tradición teórica marxista, mientras que la categoría división del trabajo ha permanecido sin desarrollarse. En **La Ideología Alemana**, la división del trabajo opera como una categoría más amplia y fundamental que la de clase<sup>20</sup>. Es más, la división del trabajo explica clivajes y contradicciones específicos dentro de una clase<sup>21</sup>. La categoría división del trabajo nos remite a un conjunto de fenómenos más amplios y más concretos que los de clase. Trata específicamente la actividad misma del trabajo, y las relaciones sociales e institucionales específicas a esta actividad, en lugar de la relación con los medios de producción y con productos del trabajo, como lo hace la de clase<sup>22</sup>. La ubicación específica de los individuos en esta división del trabajo explica su conciencia y comportamiento, al igual que las relaciones específicas de cooperación y conflicto en las cuales se colocan las diferentes personas<sup>23</sup>.

---

<sup>20</sup> Karl Marx y Frederick Engels, **La Ideología Alemana**, C.J. Arthur (comp.) (New York: International Publishers, 1970), p.43, p.54.[trad.cast., Bs.As., Pueblos Unidos, 1975]

<sup>21</sup> Ibid., p. 65.

<sup>22</sup> Ibid., p. 52

<sup>23</sup> Ibid., p.68. Explicaciones más completas del significado de la división del trabajo en la teoría marxista y en especial en **La Ideología Alemana**, puede encontrarse en Andreas Hegedus, "The Division of Labor and the Social Structure of

Estos atributos de la división del trabajo, como una categoría más concreta en su nivel de análisis y más abarcativa que la categoría de clase, la convierten en un elemento indispensable de cualquier análisis de las relaciones sociales involucradas en y surgidas de la actividad laboral. Cada categoría implica un nivel diferente de abstracción. El análisis de clase intenta obtener una visión del sistema de producción en su conjunto, y por lo tanto, se pregunta acerca de las divisiones más amplias de propiedad, control y apropiación de excedentes. En este nivel de abstracción, sin embargo, queda oculto mucho de lo que pertenece a las relaciones de producción y bases materiales de dominación. El análisis de la división del trabajo opera en el nivel más concreto de las relaciones particulares de interacción e interdependencia en el interior de una sociedad que la diferencia y convierte en una compleja red. Este análisis describe las divisiones estructurales más importantes entre los miembros de una sociedad, según su posición en la actividad laboral, y evalúa el efecto de estas divisiones en el funcionamiento de la economía, de las relaciones de dominación, y de las estructuras políticas e ideológicas.

Creo que el elevar la categoría división del trabajo a un nivel de precisión y centralidad en igualdad de importancia a la clase puede tener implicaciones para el análisis de otros fenómenos, además de la diferenciación de género. Por ejemplo, las cuestiones en torno al rol de los profesionales y trabajadores estatales en el capitalismo contemporáneo puede ser resuelto de una manera mejor, a través de un análisis de las tensiones raciales en la clase trabajadora contemporánea, así como en toda la sociedad, por tomar otro ejemplo, puede también beneficiarse al inquirir sobre las correlaciones de la raza con aspectos de la división del trabajo contemporáneo. Finalmente, la presencia indudable de relaciones de dominación existentes en sociedades socialistas puede ser mejor analizada en términos de la división del trabajo, que en términos de clase<sup>24</sup>.

El interés de esta discusión, sin embargo, tiene que ver con las implicaciones que el análisis de la división del trabajo tienen para la teoría feminista. He argüido, hasta ahora, que un análisis completo de las relaciones materiales de una formación social requiere del análisis específico de la división del trabajo, y que este ni deriva de, ni se reduce a un análisis de clase. Un aspecto crucial de la división del trabajo en toda sociedad existente hasta ahora es una división del trabajo elaborada a partir del género, la misma que afecta a la sociedad entera. Por lo tanto, un análisis completo de las relaciones económicas de producción en una formación social requiere una atención específica a la división del trabajo por género.

### **La división del trabajo por género**

Con el término "división del trabajo por género" propongo referirme a toda diferenciación del trabajo estructurada, según el género, dentro de una sociedad. Las tareas tradicionales de la mujer - procrear y criar niños, cuidar enfermos, limpiar, cocinar, etc.- caen dentro de la categoría de trabajo, tanto como la producción de objetos dentro de una fábrica. Emplear la categoría de la producción o trabajo para designar solamente la producción de objetos materiales con fines concretos dentro de una fábrica moderna ha sido una de las tragedias, innecesarias, de la teoría marxista<sup>25</sup>. Los conceptos "relaciones de producción" o "relaciones sociales derivadas de la actividad laboral" deben significar las relaciones sociales involucradas en cualquier tarea o actividad que la sociedad define como necesaria. Así, por ejemplo, en nuestra sociedad, la relación

---

Socialism., en Peter L. Berger (Comp.) *Marxism and Sociology* (New York: Appleton-Century Crofts, 1979), pp. 128-145; véase también Bertell Ollman, *Alienation* (Cambridge: Cambridge University Press, 1971), Capítulo 24. [Ambos vols. trad. por Amorrotu, Bs.As., 1972 y 1975]

<sup>24</sup> Véase Hegedus, op.

<sup>25</sup> Véase Raymond Williams, *Marxism and literature* (Oxford University Press 1977), pp. 75-95 [trad.-cast.: Barcelona, Anagrama, 1980, p.109-114].

entre las prostitutas femeninas y los cafishos o las organizaciones para las cuales trabajan en una relación de producción, en este sentido. El uso de la categoría división del trabajo por género provee los medios para analizar las relaciones sociales que se originan en la actividad laboral de una sociedad, a través del eje del género<sup>26</sup>.

Parece que un análisis de la división del trabajo por género debería intentar, al menos contestar las siguientes preguntas: ¿Cuáles son las líneas principales de la división del trabajo por género dentro de una formación social particular, y cuál es la naturaleza y significado social de las tareas prescritas por el género? ¿Cómo esa división sustenta los otros aspectos de la organización económica, y cómo lo hace en el caso de las relaciones de poder y dominación dentro de una sociedad, incluyendo a la jerarquía del género? ¿Cómo se relaciona la división del trabajo por género con la organización de las relaciones sexuales y de parentesco? ¿Qué explica el origen y transformación de esta estructura particular de división del trabajo por género? ¿Cómo han conducido las transformaciones en esa división, a los cambios en las relaciones entre hombres y mujeres, otras relaciones económicas y políticas así como de las estructuras ideológicas?

El análisis de la división del trabajo por género tiene un buen número de ventajas sobre el enfoque de la teoría del sistema dual. Coloca las relaciones de género y la posición de mujer en el centro del análisis materialista histórico. Una explicación marxista de las relaciones sociales de producción debe enfocar la situación específica de la mujer a través del análisis de la división del trabajo por género. El dejar de hacerlo conlleva no sólo el disminuir o ignorar el significado de la dominación masculina, lo que ya es de por sí reprochable, sino que también acarrea la pérdida de elementos cruciales de la estructura de las relaciones económicas y sociales. Por ejemplo, es indudablemente relevante a la organización económica de las sociedades griegas y romanas, y a su modo de producción esclavista, el hecho que las mujeres administraran el hogar. Así, las mujeres tenían la relación más directa con las esclavas de la familia, mientras que los hombres quedaban libres para comerciar y hacer la guerra y disponían también de tiempo libre para la producción de cultura y para la participación en la política<sup>27</sup>. Una observación similar puede hacerse con respecto a las mujeres de la clase gobernante en la Europa medieval<sup>28</sup>.

El análisis de la división del trabajo por género puede aportar una manera de ver las relaciones de género no solamente como un aspecto central de las relaciones de producción, sino como fundamental a su estructura; esto porque la división del trabajo por género es la primera división del trabajo, y en las llamadas sociedades primitivas, es la única división del trabajo institucionalizada. El desarrollo de otras formas de división social del trabajo, como aquella del trabajo manual e intelectual, puede ser explicada solamente apelando a las transformaciones de la división del trabajo por género y a los efectos que tales cambios tienen sobre los miembros de cada sexo, así como a las potencialidades que estos cambios ofrecen a cada sexo.

---

<sup>26</sup> En versiones anteriores de este ensayo, designé a esta categoría como "división sexual del trabajo", de conformidad con el uso convencional. Sin embargo, he llegado a la conclusión que la categoría "división del trabajo por género" aprehende mejor el fenómeno ya que a través del concepto de "género" se hace alusión al significado social de la división, y no a un cierto carácter biológico o "natural".

<sup>27</sup> Una explicación de las implicaciones económicas y sociales de la relación de las mujeres al hogar en la sociedad griega antigua puede encontrarse en Marilyn Arthur. "Liberted Women: The Classical Era", en Bridenthal and Koonz (comps.), **Becoming Visible** (New York: Houghton Mifflin, 1977), pp. 60-89; véase también Elise Boulding, **The Underside of History** (Boulder, Colorado: Westview Press, 1976) p 257-263)

<sup>28</sup> Véase Joann McNamara y Suzanne F. Wemple, "Sanctily an Power: The dual pursuit of medieval women", en Bridenthal y Koonz (comps.). op. cit.; también Elizabeth Janeway, **Man's World, Woman'Place** (New York: Dell Publishing Co., 1971). pp. 13-22.

Más importante aún, la investigación empírica sería puede revelar que la explicación que el feminismo radical hace de la clase como basada en el sexo -explicación abandonada por la teoría del sistema dual- puede resultar apropiada para la elaboración de una teoría materialista histórica. Al hacerlo, no argüiríamos que la dominación de clase se deriva de la opresión sexual como lo hace Shulamith Firestone en **La dialéctica del sexo**<sup>29</sup>. Más bien, daríamos una explicación de la emergencia de la sociedad de clases, a partir de los cambios de la división del trabajo por género. Engels, en su **Origen de la familia, de la propiedad y del Estado**, sugiere algo en este sentido, aunque no llega a reconocer sus implicaciones, omisión que compromete todo su planteamiento. Más recientemente, en **The Underside of History**, Elise Boulding propone una conexión entre el surgimiento de sociedades estratificadas por clases y el hecho de que en cierto momento, en las sociedades tempranas, los hombres empezaron a especializarse en algún oficio mientras que las mujeres no<sup>30</sup>.

El análisis de la división del trabajo por género también explica en términos de estructura social, los orígenes y la persistencia de la subordinación de la mujer. Ni una explicación biológica, ni una psicológica pueden demostrar, por ejemplo, cómo los hombres de una determinada sociedad ocupan en ella, una posición de superioridad institucionalizada. Los hombres pueden ocupar esa posición solo si la organización de las relaciones sociales que surgen de la actividad laboral les otorga un cierto grado de control sobre, y acceso a los recursos que las mujeres no lo tienen. La división del trabajo por género puede ayudar a explicar este acceso desigual a los medios de trabajo y control, y por consiguiente, ayuda a explicar cómo las instituciones de la dominación masculina se originan, se mantienen y cambian<sup>31</sup>.

Elementos biológicos y psicológicos tienen también su lugar, por supuesto, en una explicación de la situación de la mujer y de su opresión. Uno de los factores que condicionan la división del trabajo por género, en la mayoría de las sociedades, por ejemplo, es su función biológica reproductiva. Es más, cualquier explicación de la división del trabajo por género presupone que existen géneros -es decir, división sociocultural y clasificación de las personas según su sexo biológico. Dado que cualquier división particular del trabajo por géneros presupone una identificación de género y una elaboración simbólica, necesitamos entonces que exista alguna explicación del género. Tal explicación, creo, debe ser psicológica. La explicación mejor que tenemos hasta ahora de los orígenes, de los significados simbólico-ideológicos, y de las implicaciones de la diferenciación de género es la apropiación feminista de una perspectiva freudiana en obras tales como **La sirena y el minotauro** de Dorothy Dinnerstein, y la de Nancy Chodorow, **La reproducción del ruidado maternal**. Tales obras han argüido, de manera convincente, que la relación de la madre con sus hijos tiernos determina el desarrollo de la diferenciación de género tal como la conocemos, y explica por qué las mujeres significan "el otro" en la mayoría de las ideologías culturales<sup>32</sup>. Sin embargo, uno no debe confundir tales explicaciones biológicas sobre los orígenes de la identidad de género y su estructura simbólica, con

---

<sup>29</sup> En **The dialectic of Sex** (New York: Bantam Books, 1970). [trad. cast.: Barcelona, Kairós. 1976] Firestone pretendió dar una explicación materialista de la opresión a las mujeres. El problema con su explicación, en mi opinión, puede no ser su proyecto de explicar las clases sociales por medio del sexo, sino la forma completamente psicológica en la cual lo hace.

<sup>30</sup> Boulding, op.cit.

<sup>31</sup> Hay evidencia, por ejemplo, de que la matrilocalidad o patrilocalidad de una sociedad depende en gran medida de la división del trabajo por género. Véase Bette S. Denich, "Sex and Power in the Balkans", en Rosaldo y Lamphere (comps.), *Woman, Culture and Society* [Stanford University Press. 1974]

<sup>32</sup> Nancy Chodorow, **The Reproduction of Mothering** (Berkeley: Berkeley University Press, 1978); Dorothy Dinnerstein, **The Mermaid and the Minotaur** (New York: Harper and Row, 1976).

explicaciones del poder social que los hombres tienen sobre la mujer y su posición de privilegio relativo... Aun cuando estas diferentes explicaciones pueden reforzarse mutuamente, pertenecen a niveles distintos de análisis.

Hartmann mismo parece tomar la división del trabajo por sexo como la base de la dominación masculina, y aun del género mismo, cuando dice que: "la estricta división del trabajo según el sexo, una invención social común a todas las sociedades conocidas, crea dos géneros muy diferenciados y una necesidad de los hombres y de las mujeres, de juntarse por razones económicas (...) La división sexual del trabajo es también la base de las subculturas sexuales en las cuales los hombres y las mujeres viven sus vidas de manera diferente; es la base material del poder masculino que se ejerce (en nuestra sociedad) no sólo dejando de hacer el trabajo del hogar y asegurándose mejor empleo, sino también en el aspecto psicológico"<sup>33</sup>.

El análisis de la división del trabajo por género nos permite hacer un análisis material de las relaciones del trabajo vinculados específicamente al género, sin asumir que todas las mujeres, en general, o todas las mujeres de una sociedad determinada tienen una situación común y unificada. Creo que ésta es una de las principales virtudes de tal análisis. Debido a que la teoría del sistema dual propone un sistema distinto como base de la opresión de la mujer, tiende a insistir en que todas las mujeres, como mujeres, estamos en situación idéntica, cualesquiera que sea nuestra ubicación histórica. El análisis de la división del trabajo por género puede, sin embargo, evitar esta identificación falsa y, al mismo tiempo, mantener su enfoque en la situación específica del género y de la opresión de la mujer. El análisis de la división del trabajo por género toma en cuenta los amplios ejes de la estructuración por género de las relaciones de trabajo y distribución, y observa que ciertas tareas y funciones dentro de una sociedad determinada son siempre, o por lo general, realizadas por miembros de un mismo sexo. Esto no compromete necesariamente al análisis con afirmaciones sobre la situación común de todos los miembros de aquel sexo. En algunas sociedades cada mujer debe realizar ciertas tareas, pero en la mayoría de las sociedades, las tareas y las posiciones de las mujeres varían, aunque estas sean específicas al género.

El análisis de la división del trabajo por género no solamente puede dilucidar en sus descripciones las variaciones específicas en las situaciones de las mujeres, sino que las explica mejor que la teoría del sistema dual. En particular, explicar variaciones en el tipo o grado de la subordinación de las mujeres dentro de una sociedad requiere hacer referencia a lo que concretamente hacen en la sociedad. Por ejemplo, no es sorprendente que las mujeres tiendan a ocupar una posición más igualitaria a la de los hombres cuando tienen acceso a las armas y a la guerra que cuando los hombres tienen el monopolio sobre éstas<sup>34</sup>. Es más, el análisis de la división del trabajo por géneros puede resultar fértil para ofrecer una explicación de por qué en unas pocas sociedades -la iroquesa, por ejemplo- las mujeres no parecen ocupar una posición subordinada<sup>35</sup>.

Al otorgarle un papel central al fenómeno de la división del trabajo por género, no pretendo afirmar que esta puede explicar todos los aspectos de la situación de las mujeres en una determinada sociedad. Planteo, únicamente, que al explicar o dilucidar ciertos fenómenos particulares de la situación de las mujeres, uno debe exponer su relación con la división del trabajo por género. Pienso que la división del trabajo por género debe siempre formar parte -pero nunca la

---

<sup>33</sup> Hartmann, op. cit., p.18.

<sup>34</sup> Boulding, op. cit.

<sup>35</sup> Mucho en la explicación que Judith Brown hace del relativamente alto estatus de las mujeres iroquesas depende del análisis del rol de las mujeres en la producción y del control de recursos que tienen como consecuencia de ese rol. Véase "Iroquois Women: An ethnohistorical Note", en Rayna Reiter (comp.), **Toward and Anthropology of women** (New York: Monthly Review Press, 1976).

única parte- de la explicación de algún aspecto de la situación de las mujeres<sup>36</sup> Es más, al proponer el análisis de la división del trabajo por géneros para un materialismo histórico feminista, sostengo que para comprender la estructura económica y las relaciones de producción de una formación social en su conjunto, se requiere prestar atención a la división del trabajo por género. A través de esta categoría, las (Ios) socialistas feministas pueden visualizar, por un lado, los fenómenos de las clases sociales, dominación y relaciones de producción y distribución y, por el otro, aquellos relativos a la opresión de las mujeres, como aspectos del mismo sistema socioeconómico. De esta manera, podemos exigir de todos los marxistas que consideren los temas pertinentes a la situación y opresión de las mujeres como integral a su análisis de una formación social.

El propósito principal de esta parte de nuestra discusión ha sido sugerir algunas orientaciones para una teoría materialista feminista que conciba la diferenciación por género como un elemento fundamental de la explicación de las relaciones sociales de producción en una sociedad. Esperamos haber establecido claramente la necesidad de una teoría que considere la posición de las mujeres como elemento crucial para la comprensión del sistema del capitalismo. En la siguiente sección, delinearé una explicación histórica de la situación de las mujeres bajo el capitalismo que podría responder a tal teoría.

### **La división por género y el patriarcado capitalista**

Cualquier explicación histórica es una reconstrucción interpretativa dentro de un marco teórico específico. Esto se puede aplicar tanto a la historia de la mujer como a cualquier otra forma de historia. Puesto que la perspectiva teórica que se asuma influye, desde un comienzo, en la explicación histórica, entonces, esa explicación no puede confirmar o rechazar la teoría. Hartmann considera su explicación del papel del salario familiar en la historia del capitalismo, como si esa explicación fuese evidencia empírica que apoya su afirmación de que el patriarcado existe aliado del capitalismo como una estructura independiente, a veces en conflicto con este último. Pero su explicación, en realidad, presupone la teoría del sistema dual.

Tanto en su ensayo como en su artículo, "El capitalismo, el patriarcado y la segregación por sexos"<sup>37</sup>, Hartmann nos ha ofrecido una evidencia incontrovertible de que la opresión de la mujer en la era moderna es compleja y penetrante. En sus explicaciones históricas ha promovido al feminismo marxista, entregándonos explicaciones sólidas de la estructura y los cambios del papel de las mujeres en el proceso de trabajo y en la economía, bajo el capitalismo. Después de este artículo nadie se atreverá a afirmar que no existe la opresión de la mujer bajo el capitalismo, que ésta es un mero epifenómeno o que está desapareciendo.

El punto no es si la opresión sexista de la mujer existe en el interior de la sociedad capitalista, sino cómo debemos interpretar la opresión específica de las mujeres. Hartmann y muchos otros afirman que esa opresión en la sociedad capitalista no se fundamenta en la estructura y dinámica del capitalismo, sino en un conjunto independiente de estructuras y en la dinámica del patriarcado. Otras, como Ehrenreich y English en **Por el bien de la mujer**, arguyen que la situación específica de la mujer bajo el capitalismo es una función de la estructura de la economía de bienes y consumo

---

<sup>36</sup> El libro de Mary Ryan, **Womanhood in America from Colonial Times to the present** (New York: New Viewpoints, 1975), puede tomarse como un ejemplo de aplicación de la perspectiva que estoy proponiendo. En sus explicaciones, Ryan siempre hace referencia a la situación económica y a la actividad laboral de las mujeres, tanto dentro como fuera del hogar. Sin embargo, nunca reduce la totalidad de la situación en un determinado momento a un análisis de la división del trabajo, y siempre incluye otros elementos en cada explicación específica.

<sup>37</sup> Heidi Hartmann, "Capitalism, Patriarchy and job Segregation by Sex", en Eisenstein (comp), op. cit., pp.206-247.

y de las necesidades de la ideología burguesa<sup>38</sup>. El punto de discusión se centra en la comprensión de la dominación masculina bajo el capitalismo; debe ésta entenderse como un sistema separado o como parte de la estructura interna del capitalismo mismo.

En su explicación de la opresión a las mujeres dentro de la sociedad capitalista, el modelo de Hartmann asume que la estructura y la dinámica del capitalismo son ciegas al género. Desde su punto de vista, nada en la lógica del capitalismo mismo requiere que la diferenciación entre los trabajadores se derive de las características imputadas como son el sexo (o la raza). Por cierto, Hartmann comparte el siguiente supuesto sobre la naturaleza del capitalismo que sostienen, por igual, los teóricos marxistas y liberales: que la tendencia inherente del capitalismo es homogeneizar la oferta de mano de obra, reduciendo la importancia de los status, por atribución, basados en el sexo, la raza, el origen étnico, etc. Afirma que el desarrollo del capitalismo desde el siglo XV al siglo XVIII socavó el poder masculino sobre las mujeres y amenazó con volver a las mujeres independientes de los hombres e iguales a ellos. "La tendencia teórica del capitalismo puro hubiera sido erradicar todas las diferencias de status arbitrarias entre los trabajadores, haciéndolos a todos iguales en el mercado"<sup>39</sup>. Dado que la dinámica interna del capitalismo tiende hacia tal homogenización -arguye- solo la operación de un sistema separado del patriarcado puede explicar la continua subordinación y status desigual.

Considero que al abandonar el supuesto de un capitalismo ciego al género, uno puede enfocar la historia del status de las mujeres en la sociedad capitalista, desde un punto de vista más revelador. Un análisis de la división capitalista del trabajo por género, que pregunte cómo se estructura el sistema mismo en términos del género, puede dar una explicación de la situación de las mujeres dentro del capitalismo como una función de la estructura y dinámica del mismo. *Mi tesis es que la marginalización de la mujer y, por consiguiente, nuestro funcionamiento como una fuerza laboral secundaria, es una característica fundamental y esencial del capitalismo.*

En su libro, **La mujer en la sociedad de clases**, Heleith Saffioti arguye que la marginalización del trabajo de las mujeres es necesaria para el capitalismo y es la clave para comprender su situación bajo ese sistema. El capitalismo emerge como el primer sistema económico cuya naturaleza dicta que no toda la población potencialmente productiva esté empleada; requiere, además una fluctuación en la proporción de la población empleada. Sostiene Saffioti que la existencia del sistema requiere, por lo tanto, encontrar algún criterio para distinguir el núcleo de trabajadores primarios de los trabajadores secundarios o marginales. La preexistencia de la ideología patriarcal, unida a la necesidad de que las mujeres estén cerca de los niños pequeños, operaron para hacer del sexo el criterio más natural para dividir la fuerza laboral<sup>40</sup>. El capitalismo usa, cuando existen, criterios raciales y técnicos, pero es la división por sexo siempre lo más obvio y permanente; de allí que sea poco probable la "integración" de las mujeres.

Hartmann cita el hecho indiscutible de que la subordinación social de las mujeres existió antes del capitalismo para dejar sentado que nuestra subordinación bajo el capitalismo se origina en un sistema separado de relaciones sociales que interactúa con el sistema capitalista<sup>41</sup>. Sin embargo, no necesitamos extraer esta conclusión. Un marxista no afirmaría que la existencia de la sociedad clasista antes del capitalismo demuestra que todas las sociedades clasistas tienen cierta estructura común, independiente del sistema capitalista. Las sociedades clasistas sufren una transformación histórica sistemática. Ya señalamos la debilidad del enfoque ahistórico que considera al patriarcado

---

<sup>38</sup> Barbara Ehrenreich, Dierdre English, **For her own good** (Garden City, N. Y.: Doubleday Anchor Press, 1978).

<sup>39</sup> Hartman, "Job Segregation...", op. cit. p 207.

<sup>40</sup> Heleith Saffioti, **Women in Class Society** (New York: Monthly Review Press. 1978). en especial el capítulo 12.

<sup>41</sup> Hartman, "Job Segregation...", op. cit. pp 209-211

esencialmente inalterable, pese a que ocurren cambios en otras relaciones sociales. Una vez que admitimos, con Hartmann, que la forma y el carácter de la opresión a las mujeres ha pasado por transformaciones históricas fundamentales, entonces la existencia del patriarcado precapitalista no es una evidencia de que la dominación masculina en una sociedad capitalista tiene su origen en una estructura de relaciones sociales independientes del sistema capitalista.

Si bien las mujeres en las sociedades precapitalistas no fueron, de ninguna manera, socialmente iguales a los hombres, toda la evidencia apunta a la conclusión de que nuestra situación se deterioró con el desarrollo del capitalismo. En las sociedades precapitalistas las mujeres dominaron cierto número de destrezas cruciales y, por lo tanto, su trabajo y conocimiento fueron indispensables para la familia, el feudo y el pueblo. Durante los siglos XVI y XVII, las mujeres fueron miembros de muchos gremios artesanales, en igualdad de condiciones que los hombres, y aún dominaron en algunos de esos gremios. Las mujeres trabajaban, en la industria y el comercio. La cultura precapitalista comprendió el matrimonio como una sociedad económica; los hombres no esperaban "mantener" a las mujeres. La ley demostraba esta relativa igualdad de las mujeres al permitirles celebrar contratos a nombre propio y conservar sus propiedades particulares dentro del matrimonio<sup>42</sup>.

Para el siglo XIX, la independencia económica de la mujer había sido totalmente socavada y sus derechos legales estaban ausentes. El capitalismo las marginó, por primera vez en la historia, de la actividad económica. Sin embargo, esa marginalización del trabajo de las mujeres en el capitalismo nunca significó que su trabajo fuera puesto totalmente de lado en la economía socializada. En 1866 en Francia, por ejemplo, las mujeres representaban el 30% de la fuerza laboral industrial total<sup>43</sup>. Más bien, las mujeres fueron definidas como una fuerza laboral secundaria que sirvió como reserva de mano de obra barata.

A través de la historia del capitalismo las mujeres han ejercido las funciones clásicas que Marx describió para el ejército laboral de reserva<sup>44</sup>. Han servido como bolsa de trabajo que puede ser incorporada a nuevas áreas de la producción sin desplazar a quienes están empleados; también pueden ser utilizadas para mantener bajos los salarios y controlar la militancia de todos los trabajadores. Siempre que en la historia del capitalismo se han necesitado gran número de trabajadores para industrias nuevas en expansión, son las mujeres las que con mayor frecuencia han suplido esa necesidad. Las primeras fábricas textiles de Nueva Inglaterra y las imprentas reclutaron, activamente, a mujeres<sup>45</sup>. Muchas de las ocupaciones que actualmente son consideradas como "ocupaciones de mujeres", fueron áreas que se abrieron en forma masiva durante el siglo XIX y que requirieron trabajadores relativamente calificados. Esto ocurrió, por ejemplo, en el caso de las enfermeras, vendedoras, telefonistas y oficinistas<sup>46</sup>.

Los empleadores siempre han tendido a exacerbar las divisiones entre los trabajadores a fin de mantener sueldos bajos y preservar la docilidad del trabajador. Las mujeres han sido utilizadas permanentemente para tales propósitos. A través de la historia del capitalismo las mujeres han sido utilizadas para romper las huelgas; en la historia de la industrialización, los capitalistas, al mecanizar el proceso de producción, han reemplazado permanentemente a los hombres con mujeres

---

<sup>42</sup> Enrenreich y English, op. cit., pp. 6-9; Alice Clark, **Working life of Women in the 17 th. Century** (New York: Harcourt, Brace and How, 1920); Anne Oakley, **Women's Work**, op. cit., capítulo 2; Kathleen Case, "The Cheshire Cat: Reconstructing the Experience of Medieval Women", en Berenice A. Carrol (comp.). **Liberating Women's History** (Chicago: University of Illinois Press, 1976), pp. 224-249; Mary Ryan, op. cit., pp. 19-82.

<sup>43</sup> Saffioti, op.cit. p53

<sup>44</sup> Karl Marx, **Capital**, Vol 1 (New York: International Publishers, 1967), pp. 631-639.

<sup>45</sup> Elizabeth Faulkner Baker, **Technology and Women's Work** (New York: Columbia University Press. 1964), capítulo I

<sup>46</sup> *Ibid.*; véase también Alice Kessler-Harris, "Women, Work and the Social Order", en Carroll (comp.). op. cit., p. 335.

y niños; una vez que disminuían las exigencias y expectativas de los hombres, los volvían a emplear, prescindiendo de las mujeres y los niños<sup>47</sup>. Una práctica similar parece haber operado durante la depresión de 1930. Los empleadores reemplazaron a los hombres bien pagados por mujeres menos remuneradas, hasta que disminuían las expectativas salariales de aquellos, momento en el cual los empleadores otra vez reemplazaron a las mujeres con hombres<sup>48</sup>. La literatura sobre la segregación por sexo de la fuerza laboral contemporánea muy a menudo sugiere que los trabajos segregados por sexo aparecen durante el siglo XX. Una mirada detenida de la historia del capitalismo, sin embargo, revela que han sido raras las ocupaciones sexualmente mixtas. Más aún, los trabajos en los cuales las mujeres han dominado en un determinado período han recibido, por lo general, menos remuneración y prestigio que los desempeñados por hombres cuya calificación es similar<sup>49</sup>. De esta manera, las mujeres siempre han servido como fuerza laboral secundaria.

Inicialmente, la ideología patriarcal preexistente y el hecho de que, tradicionalmente, el trabajo de las mujeres haya estado ubicado cerca de la casa permitieron que ese trabajo se marginara y se le otorgara un status secundario. La ideología burguesa, sin embargo, amplió y romantizó significativamente la vinculación de la mujer a la esfera doméstica, al mismo tiempo que volvía trivial ese vínculo y lo disociaba del trabajo realizado fuera del hogar. La ideología de la femineidad, que definió a la mujer como no trabajadora, emergió como consecuencia de, y justificación para el proceso de marginalización de las mujeres, el cual había empezado antes. Muy avanzado ya el siglo XIX aparecieron tratados que sostenían que la vocación verdadera de la mujer era la maternidad, que las mujeres eran demasiado débiles para el trabajo pesado, que su actividad propia era la crianza y el establecimiento de un ambiente de amparo y solaz para su familia<sup>50</sup>.

Los capitalistas promovieron y continúan promoviendo activamente la ideología de la femineidad doméstica para justificar los bajos salarios pagados a la mujer, su indispensabilidad en el hogar, y para impedir que se organicen<sup>51</sup>. Ya que solamente las mujeres de la burguesía y de la pequeño burguesía podían vivir una vida que correspondía a la ideología de la femineidad, esa ideología actuó como una fuerza poderosa en los deseos de movilidad social de la clase trabajadora. Las mujeres internalizaron la imagen de femineidad y ambos, hombres y mujeres, aceptaron a la esposa "no trabajadora" como signo de status. Debemos puntualizar que entre la clase obrera, la esposa que no era asalariada quedó en libertad para obtener ingresos a través de la producción de artesanías y otros artículos comerciales, o para preparar comidas o confeccionar ropa, lo cual reducía la necesidad de comprarlos.

Sin duda los trabajadores hombres tenían motivaciones sexistas y usaron argumentos sexistas en la lucha por el salario familiar, que Hartmann discute, y por la legislación proteccionista para la mujer y los niños que se expidió en la misma época. Sin embargo, dada la historia del capitalismo en ese entonces, se puede ver a estas motivaciones y argumentos como efecto y consolidación de la división capitalista del trabajo por género, que relegó a la mujer a una posición marginal y secundaria. Es decir que se puede explicar el sexismo de los trabajadores masculinos sin apelar a un

---

<sup>47</sup> Baker, op. cit., capítulo I; Alice Kessler-Harris, "Stratifying by sex: Understanding the History of Working Women", en Edwars, Reich y Gordon (comps), **Labor Market Segmentation** (Lexington, MA: D.C. Heath and Co., 1975). pp. 217-242.

<sup>48</sup> Jane Humphries. "Women: Scapegoats and Safety Valves in the Great Depression", **Review of radical political economics**. Vol. 8, N° 1, Primavera 1975, pp. 98-121

<sup>49</sup> Baker, op. cit. y Kessler-Harris, op. cit. detallan el grado de segregación por sexo en los Estados Unidos durante el siglo XIX; para un análisis similar sobre Europa, véase Teresa M. McBride, "The long Road Home: Women's Work and Industrialization", en Briden thal y Kooz (comp.). op. cit.

<sup>50</sup> Enrenreich y English, op. cit.; Ryan, op. cit., Capítulo 3; Ann D. Gordon y Mari Jo Buhle, "Sex and Class in Colonial and Nineteenth Century America.", en Carroll, op. cit

<sup>51</sup> Kessler-Harris, "Women, Work and the Social Order", op.cit. pp.333-337

sistema de relaciones sociales independiente del capitalismo; basta visualizar el carácter esencialmente patriarcal del sistema del capitalismo mismo. El capitalismo es un sistema económico en el cual la división del trabajo por género tiene una forma históricamente específica y una estructura que marginaliza el trabajo de la mujer y otorga a los hombres un tipo específico de privilegio y status.

El capitalismo no usa o se adapta a la jerarquía de géneros, como lo sugiere la mayoría de las teorías del sistema dual. Desde su inicio se fundó en la jerarquía de géneros que definió a los hombres como primarios y las mujeres como secundarias. Las formas específicas de la opresión a las mujeres, que existen en el capitalismo, son esenciales a su naturaleza<sup>52</sup>. Esto no significa, por su puesto, que la jerarquía de géneros no existió con anterioridad; tampoco quiere decir que el desarrollo de la división del trabajo por género en el capitalismo no dependió de la existencia previa de una ideología sexista y de una división feudal del trabajo por géneros. Muchos de los otros aspectos del capitalismo devinieron de una sociedad feudal, pero en un cierto momento esos desarrollos tomaron formas nuevas y específicas.

Si pudiésemos encontrar un caso de una sociedad capitalista en la cual no se marginalizó el trabajo de las mujeres, tal vez podríamos considerarlo como una característica externa a su estructura. Sin embargo, no se han encontrado casos de este tipo. En su libro **El rol de las mujeres en el desarrollo económico**, Ester Boserup documenta en detalle que la situación de la mujer en las economías del tercer mundo parece empeorar con la introducción de los métodos capitalistas e industriales modernos. Aun cuando el capitalismo penetra en una sociedad en la cual el trabajo de las mujeres es el centro de la economía, éste tiende a marginalizar el trabajo de las mujeres<sup>53</sup>. Al afirmar que la economía capitalista requiere marginalizar a la mujer, no estoy sosteniendo que no podemos concebir lógicamente un capitalismo en el cual esa marginalización no se dió. Estoy diciendo, en cambio, que dada una diferenciación de géneros inicial y una ideología sexista preexistente, un capitalismo patriarcal, en el cual la mujer funciona como fuerza laboral secundaria, es la única posibilidad histórica.

## Implicaciones prácticas

Una teoría debe ser evaluada de acuerdo con su coherencia, consistencia, simplicidad, poder explicativo, etc. Una teoría social, sin embargo, debe ser además juzgada según sus implicaciones prácticas. Una teoría propuesta como parte de un movimiento político debe ser evaluada según la capacidad que muestre para promover las metas de ese movimiento. Por lo tanto, en esta sección conclusiva yo sostengo que la teoría del sistema dual tiene algunas implicaciones prácticas indeseables, lo que apunta aun más hacia la necesidad de crear una teoría materialista feminista que sea parte integral de un marxismo renovado, y no simplemente que esté casada con el marxismo.

La teoría del sistema dual se desarrolló originalmente por una razón práctica determinante. La izquierda fue dominada por hombres, burdamente sexistas, quienes desestimaron las preocupaciones feministas, considerándolos netamente burguesas. Las mujeres socialistas, enojadas y frustradas, empezaron a formar grupos solamente de mujeres y a plantear la necesidad de un

---

<sup>52</sup> Ann Foreman sostiene que el tipo específico de trabajo doméstico que es asignado a las mujeres bajo el capitalismo es una forma de trabajo peculiar y definido del capitalismo. Es decir que el trabajo asalariado no es el único tipo de trabajo creado por el capitalismo; éste crea además el trabajo doméstico privatizado que, arguye Foreman, es un elemento integral del modo de producción capitalista. Véase **Feminist as Alienation** (London: Pluto Press, 1977).

<sup>53</sup> Esther Boserup, **Women's role in economic development** (New York: St. Martin's Press, 1970); véase también E.M.Chaney y M. Schmink., "Women and Modernization: Access to Tools", en Nash y Safa (comps), **Sex and Class in Latin América** (New York: Praeger, 1976).

movimiento de mujeres autónomo para corregir los problemas de la izquierda y desarrollar la práctica y teoría del feminismo. La teoría del sistema dual apareció, en parte, como un elemento que sustentara este argumento: la construcción de un movimiento autónomo o de las mujeres. Si el capitalismo y patriarcado, clasismo y sexismo, cada uno tiene su origen en sistemas sociales distintos, resulta razonable la necesidad de crear un movimiento de mujeres autónomo, dentro de la izquierda.

Considero que hoy en día es absolutamente necesario, para las mujeres y para la izquierda, que exista un movimiento autónomo de las mujeres, por todas las razones prácticas generalmente expresadas por las feministas. Las mujeres deben tener un espacio para desarrollar relaciones positivas con otras mujeres, aparte de los hombres. Aprenderemos mejor a desarrollar nuestra forma de organizarnos, tomar decisiones, hablar y escribir en un ambiente de apoyo, libre de la dominación del paternalismo o de los hombres. Un movimiento autónomo de la mujer puede llegar mejor a mujeres que ven la necesidad de luchar contra el sexismo, pero que hasta ahora no han visualizado esta lucha integrada a la lucha por el socialismo.

La indudable necesidad práctica de ese movimiento, sin embargo, no demuestra la pertinencia de una teoría de los sistemas duales. Las posiciones diferentes de hombres y mujeres dentro de la división patriarcal capitalista del trabajo por género crea la necesidad estratégica de que las mujeres nos organicemos separadamente, a fin de desarrollar nuestras propias habilidades, tomar nuestras decisiones y luchar contra los hombres y su sexismo. Pero de allí no se desprende, necesariamente, la conclusión a la que han llegado muchas feministas: que se trata de dos luchas separadas contra dos sistemas distintos.

Tengo cierta dificultad para visualizar lo que significaría, en la práctica, la lucha contra el patriarcado a diferencia de la lucha contra el capitalismo. El tema de los derechos reproductivos de las mujeres, por ejemplo, está indudablemente al frente de la lucha por la liberación de las mujeres. Si hemos de escoger un conjunto de temas que involucren específicamente la lucha contra el patriarcado en contraposición a la lucha contra el capitalismo, pensaríamos que lo sería esta cuestión de los derechos reproductivos. Sin embargo, la lucha en la realidad ha sido y debe ser contra el virulento e integrado patriarcado capitalista bajo el cual vivimos. A partir de la decisión de la Corte Suprema [de Estados Unidos] sobre la Enmienda Hyde, sabemos mejor que nunca que los derechos a la reproducción de las mujeres pobres y las del Tercer mundo están amenazados más seriamente que los de otras mujeres. Desconocer esta realidad ha sido, en el pasado, un serio error del movimiento de la mujer.

Al llamar la atención sobre los temas de la libertad reproductiva de la mujer, las mujeres se enfrentan en realidad al sistema médico patriarcal-capitalista. Es más, las luchas actuales por los derechos reproductivos implican necesariamente el enfrentar las estructuras del Estado patriarcal capitalista, el cual se encuentra actualmente en medio de una crisis fiscal. Desde esta perspectiva práctica, simplemente no es posible separar este aspecto central de la lucha contra las estructuras patriarcales de la lucha contra las estructuras capitalistas.

Podríamos proponer la lucha feminista contra el abuso sexual de la mujer como una lucha contra estructuras patriarcales que no siempre tienen que ver con el capitalismo. Las acciones en esta lucha no necesitan tener un enfoque anticapitalista explícito, como en los casos de asesoramiento y terapia a las víctimas de violaciones. Pero el hostigamiento y el abuso sexual en el lugar de trabajo, por ejemplo, no pueden ser separados del sistema total de jerarquía y subordinación, esencial a las relaciones productivas del capitalismo contemporáneo. El hostigamiento sexual, de una forma u otra, es una manera rutinaria de tratar con los trabajadores mujeres y es una parte integral de la relación superior-subordinado, en muchos ambientes de fábrica y oficina. La estructura más amplia de la cosificación sexual de la mujer no puede ser separada de los esfuerzos de los capitalistas por

vender, para lo cual constantemente explotan los cuerpos de las mujeres como símbolos de placer, lujo y conveniencia<sup>54</sup>.

En mi opinión, hay motivos prácticos urgentes para rechazar la noción de que el patriarcado y el capitalismo son sistemas separados que implican luchas políticas distintas. Tal punto de vista continúa colocando la acción política feminista sobre y más allá de la acción política socialista anticapitalista. Eso pone una doble carga en aquellas que se identifican a sí mismas como feministas socialistas, y evita enfrentar directamente a otras socialistas.

Como resultado de la influencia del feminismo, muchas personas y organizaciones socialistas han tomado conciencia sobre la necesidad de examinar sus propios prejuicios y prácticas sexistas, y organizar a las mujeres y de tratar los temas de la mujer. Sin embargo, en su gran mayoría las socialistas no consideran la lucha contra la opresión a las mujeres como un aspecto central de la lucha contra el capitalismo mismo. La teoría del sistema dual estimula esta posición al insistir que la opresión específica a las mujeres tiene su foco dentro de un sistema distinto al capitalismo. Como resultado, dentro del movimiento socialista los temas de las mujeres han quedado segregados, siendo por lo general abordados solamente por mujeres; todo el movimiento mixto socialista ha dejado de tomar los asuntos relacionados con esa opresión, con la seriedad que concede a otros.

Una teoría de la opresión a la mujer bajo el capitalismo que muestre al capitalismo como esencialmente patriarcal podría cambiar la relación entre la práctica feminista y la lucha por transformar las instituciones y relaciones capitalistas. Si es efectivamente el caso que la marginalización de la mujer y nuestra función como fuerza laboral secundaria han sido centrales para el desarrollo histórico y la existencia actual del capitalismo, entonces la lucha contra nuestra opresión y marginalización dentro de esta sociedad es, en sí misma, anticapitalista.

Barbara Ehrenreich ha definido a la feminista socialista como la socialista que asiste a un número doble de reuniones<sup>55</sup>. Esta definición no es enteramente irónica, porque la comprensión actual del feminismo socialista tiende a ver la práctica feminista como adicional a la práctica socialista. Dentro de este matrimonio estamos actualmente como la abrumada secretaria que tiene además que hacer todo el trabajo en su casa.

En mi opinión, lo que distingue a la política del feminismo socialista es su adhesión a los principios según los cuales entregarse a los proyectos feministas de organización, en sí mismo, cuenta como trabajo político socialista válido; y, que todo el trabajo político socialista debe tener una dimensión feminista por lo menos hasta el punto de interrogar explícitamente sobre las implicaciones de esta actividad política para la opresión a las mujeres o sobre la relación de las mujeres en el movimiento socialista. La teoría del sistema dual no crea la base teórica para justificar esta afirmación sobre el significado de la política feminista socialista. Sólo una teoría que considere las condiciones de la opresión a las mujeres como localizadas en un sistema en el cual esa opresión es un elemento central, puede dar estas bases.

[Tomado de: Iris Young, "Beyond the unhappy marriage: a critique of the dual systems theory", en Lydia Sargent, (ed), **Women and revolution, a discussion fo the unhappy marriage of marxism and feminism**, Boston, South End Press, 1981, pp. 43-69.]

---

<sup>54</sup> Véase Ryan, op.cit., pp. 251-304

<sup>55</sup> **Working Papers en Socialist Feminism**, panfleto publicado por el New American Movement